

ROMA. PIRÁMIDE DE CESTIO.

## CAPÍTULO XXXV.

ROMA.

El Vaticano; la Guardia Suiza; Capilla Sixtina. — La actual Roma. — Iglesia de San Luis de los Franceses. — Museo, Biblioteca y Jardines del Vaticano. — Las Chinelas del Papa. — Cuentecillo de Bocacio.

Fuí conducido luego por mi cicerone al Vaticano, que está inmediato y á la izquierda del templo que acababa de visitar.

En la gran portada encontramos la Guardia Suiza, especie de payasos ó polichinelas, vestidos con jirones de género amarillo, rojo y negro, que les da un aspecto verdaderamente risible; no tienen de serio, más que el arma que llevan.

Entré luego en la capilla Sixtina, después de ascender una anchurosa escalera que llaman real, *Scala Regia*, y de pasar por el salón real.

Esta preciosa capilla está embellecida con los admirables frescos de Miguel Ángel. En el fondo está pintado el *Juicio Final*, que como la *Cena* de Leonardo de Vinci en Milán, es la gran sorpresa de profanos y artistas. En las bóvedas hay también frescos debidos al mismo pincel, que aparecen en forma de cuadros sostenidos por figuras, representando asuntos Bíblicos como *El*

ROMA.

365

*Diluvio, El Sacrificio de Noè, La Separación de la Luz y las Tinieblas, La Caída del primer Hombre y su Expulsión del Paraíso, La Creación de Adan, La de Eva, La Embriaguez de Noè, etc., etc.*



EL PAPA PÍO IX.

En la parte inferior de la bóveda están las magníficas figuras de los Profetas y Sibilas, de un tamaño colosal.

Otras muchas pinturas de más ó menos mérito se admiran en las paredes de esta opulenta capilla, como *Faraón pereciendo en el Mar Rojo*, por Cosme

Rosselli; *Tentación de Jesucristo*, por Sandro Botticelli; *Muerte de Moisés*, por Luca Signorelli; *San Pedro recibiendo las llaves*, por Pedro Vannucci, llamado el Perugino, etc. etc.

Pasé luego á los gabinetes (*Logias*) de Rafael, en que toda la obra de arquitectura, decoración y pintura se debe al incomparable pintor de Urbino ó á sus discípulos.

Se dice que estas pinturas, relativas todas á escenas del antiguo y nuevo testamento, sufrieron mucho con la entrada en Roma de las tropas de Carlos V, y que fueron restauradas por Sebastián del Piombo, quién no dejó de cambiar algo el color.

Fuí después á las Cámaras ó aposentos (*Stanze*) de Rafael que son cuatro y contienen frescos bellísimos.

El asunto de una de estas pinturas es muy curioso: *Un Incendio en el Pueblo de Borgo*, que León IV extingue con sólo la señal de la cruz; medio muy sencillo que no se ha ocurrido á tanto sabio de nuestra época, en que á fuerza de bombas y chorros de agua quieren apagar los incendios: pero según ha observado un autor, las ideas más simples son las últimas que ocurren.

*La Batalla de Constantino contra Maxencio*, *Heliodoro expulsado del templo*, *León I deteniendo á Atila en las puertas de Roma*, y *el Parnaso*, son otros tantos asuntos representados en los frescos de este insigne pintor. Disputan los críticos si son superiores los frescos de Rafael á los de Miguel Ángel.

Al salir del Vaticano, recorrí toda la calle del Corso, admirando muchos edificios, hasta llegar al Capitolio.

Aquí está la parte antigua y verdaderamente curiosa de la Roma Imperial, en que cada monumento, cada columna rota, cada capitel derrumbado ó cada montón de escombros y cada piedra, encierran la página de una historia, y ¡ qué historia! la del imperio más colosal y brillante que ha existido en el mundo. Recorrí con ansia la plaza del Capitolio, los edificios de esta colina, la Roca Tarpeya, el Fórum romano, el gigantesco Coliseo y las Termas de Diocleciano. En la noche concurrí á un concierto en la plaza Colonna.

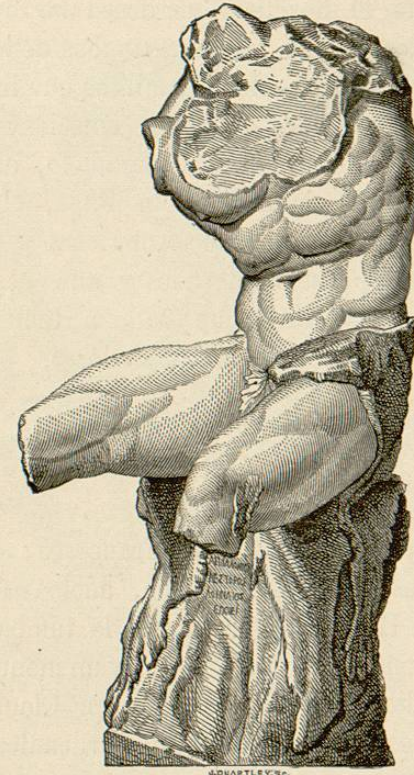
Roma es una ciudad verdaderamente singular y que tiene derecho á fijar la atención de todos los hombres de letras ó de los que tienen alguna ilustración.

En efecto, hay en esta población, como encerradas tres ciudades, casi hermanas en apariencia, pero que pugnan y se detestan en el fondo, y que representan épocas históricas muy diversas. La parte Sur de la ciudad y que comienza desde el Capitolio, muy poco poblada y llena de soberbias ruinas, es la antigua Roma de los Césares; ésta es la ciudad imperial que con sus legiones y su esplendor sojuzgó en un tiempo al mundo conocido.

Al Oeste de la población están el Vaticano, la Basílica de San Pedro y el Castillo de San Ángel; ésta es la Roma de la edad media, la Roma clerical que con sus concilios, sus dogmas, la fastuosa ostentación en que las artes aparecen

en concubinato con el fanatismo, y que con su ejército de sacerdotes extendido como inmensa ala de tiradores en todas las naciones, ha tenido por largos siglos el dominio espiritual del mundo.

El Centro y Oriente de la ciudad, es la Roma moderna, la parte conquistada por los Cavoures, los Victor Manueles y los Garibaldis, por la civilización del siglo XIX á la ignorancia é imposturas del Clero.



EL TORSO DEL BELVEDERE.

El nuevo gobierno se ha apoderado del Palacio Quirinal, poco cuidadoso de los rayos del Vaticano, como los Papas se apoderaron del templo del Capitolio, poco recelosos de los rayos de Júpiter.

Y ¡ ah ironía de los tiempos! Júpiter fué tan impotente para recobrar el Capitolio, como lo son ahora los Papas para recobrar el Quirinal.

La Roma de los Césares despojó á la Grecia y á otras naciones de sus grandes obras de arte, para embellecer la ciudad imperial; los Papas despojaron á la Roma muerta de sus artísticas bellezas para engalanar á la Roma levítica, que ahora agonizante se ve á su vez despojada por la nueva Roma, que sin escrúpulo usa insignias gentílicas y cristianas.

La actual Roma es como una mozueta de buena cuna que, careciendo de

hermosura, se presenta en público ornada con las joyas de su caduca madre, de su difunta abuela y de su olvidada bisabuela. Su belleza no cautiva, pero el valor, rareza y anacronismo de sus alhajas fija la atención de arqueólogos y profanos.

Roma es un vasto Museo, el más interesante y visitado del mundo.

La afluencia de extranjeros para visitar la cesárea ciudad es sorprendente: y con razón. El historiador concienzudo que quiere datos positivos sobre los grandes hechos del mundo, el novelista que desea dar interés á sus obras, el poeta que quiere inspirarse en las sacrosantas tumbas de los héroes, el pintor y el escultor que buscan grandes modelos, el militar que imita la gentileza del soldado romano, el viajero que anda á caza de emociones, el arqueólogo que sueña en antigüedades, el observador, el arquitecto, el fanático y la beata que se desviven por besar la chinela de un Papa, el calavera que busca mujeres de escultóricas formas, el disipado Americano y el excéntrico Inglés, el sacerdote que ambiciona puestos elevados y aun el pedante que busca material para sus charlas, todos tienen que visitar á Roma: la ciudad santa de los católicos; la ciudad-museo de los libre pensadores.

25 de Agosto.

He estado en la iglesia de San Luis de los Franceses: este templo pertenece á los Franceses residentes en Roma, y tiene, además de frescos y pinturas notables de Dominiquino, Basano y Caravaggio, la tumba que el ilustre Chateaubriand levantó á la Condesa de Montmorín, y un monumento que recuerda al célebre paisajista Claudio Gelée, más conocido por Claudio de Lorena.

En esta iglesia había fiesta con asistencia de cardenales.

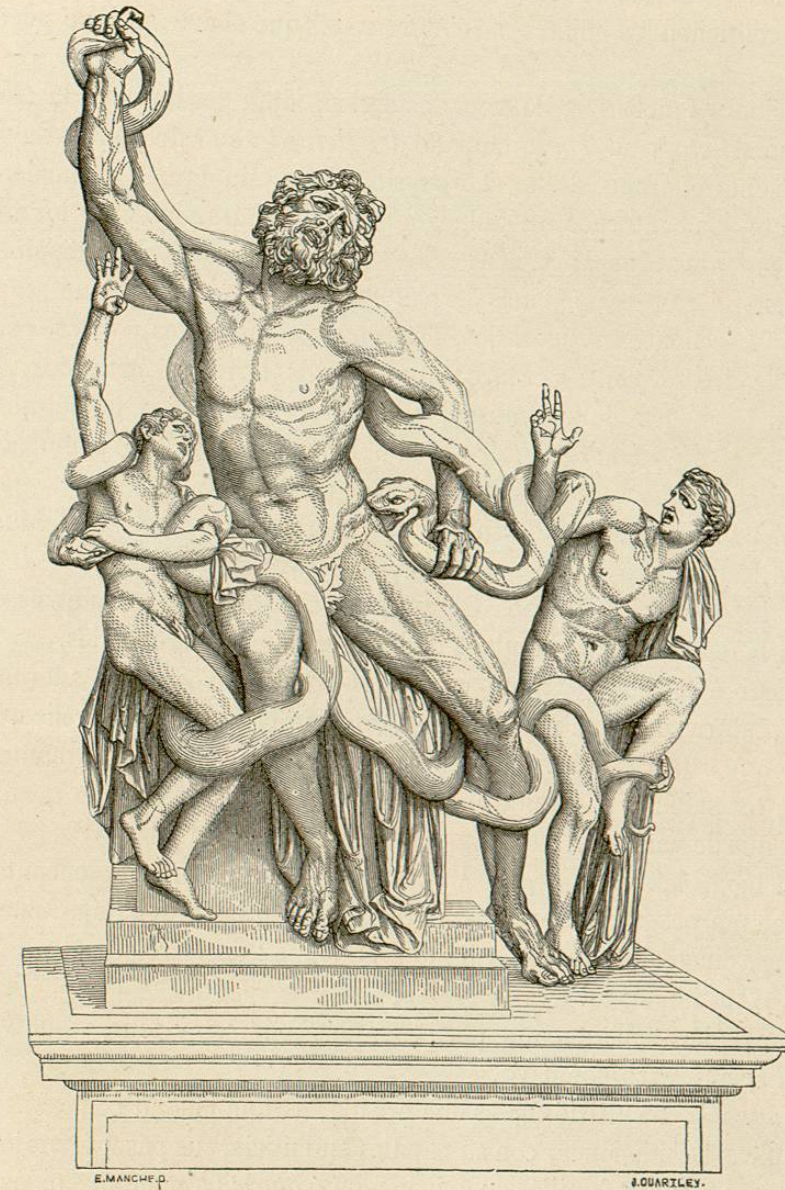
Visité otra vez el Vaticano con objeto de ver el Museo, así como la Biblioteca y los jardines.

El Vaticano todo es un museo y ya recorrí parte de él habiendo visto la Capilla Sixtina y los gabinetes (*Logias*) de Rafael.

Ahora vi la galería de tapices de Rafael, en que los diseños fueron dibujados por este gran pintor, y la obra de tapicería hecha en Flandes, bajo la dirección de su discípulo B. Van Orley.

Recorrí la galería de cuadros que es pequeña, pero ¡qué soberbias pinturas! Todas son obras maestras: como *La Trasfiguración*, la mejor de las obras de Rafael; *La Comunión de San Jerónimo*, otra obra maestra debida al pincel de Dominiquino; *Una Virgen*, de Sigismundo Conti; *La Resurrección de Cristo*, del Perugino; *Santa Elena*, de Pablo Veronés; *Éxtasis de San Miguel*, de Barroccio; *El Martirio de San Pedro*, de Guido Reni; *Una Pequeña Virgen*, de Murillo.

Cosa notable, al menos para mí, encontré en esta maravillosa Pinacoteca, una Virgen pintada como á la edad de 50 años, que era la que debía tener María cuando refieren ocurrió la muerte de Jesucristo. Los pintores en todas las



EL GRUPO DE LAOCOONTE.

escenas del nuevo testamento, pintan á María joven y hermosa, y se les olvida cambiarla de cuerpo y de semblante á proporción que Jesús va entrando en años; y lo mismo la pintan cuando suponen que se le anuncia que va á tener un niño, que cuando asiste á la escena del Gólgota, 34 años después.

Pero en fin, ya he visto una Virgen, pintada por un artista que tenía una fuerte dosis de sentido común : no recuerdo á quien se debe este cuadro.

Vi allí los Museos que con los nombres de Lapidario, Chiaramonti, Pío Clementino, Galería de estatuas, Patio del Belvedere, Sala de bustos, etc. etc., contienen los objetos más interesantes que el arte antiguo puede presentar.

Inscripciones funerarias, de remotos siglos, fijan desde luego la atención ; después un *Atleta* y un *Torso* llamado *del Belvedere* ; este pedazo de estatua, que representa el tronco de un cuerpo, sin cabeza, sin brazos y sin piernas, es tan perfecto, los contornos, el delineamiento de los órganos y de los músculos tan sorprendentes, que Miguel Ángel se gloriaba de ser el discípulo de él ; un *Laocoonte*, el grupo más espantosamente verdadero que se puede imaginar ; Laocoonte y sus hijos, estrechados, envueltos por los ondulados pliegues de las serpientes, representan en sus terribles actitudes, en sus rostros, en la rigidez de sus músculos, el terror y la energía del que lucha por la vida ; y el *Apolo del Belvedere*, obra maravillosa que como la Venus de Médicis es la más fiel representación de la hermosura humana.

El Apolo, Laocoonte y el Torso del Belvedere han estado en el Museo del Louvre de París.

Siguen luego muchos salones de antiguos objetos egipcios y etruscos, que formarían la delicia de los hombres dados á estudiar antigüedades.

Pasé luego á la Biblioteca que es elegantísima, espaciosa y adornada con frescos y pinturas de Cimabue, del Giotto, Guido Reni y Fra Angélico.

Se dice que esta Biblioteca contiene 30,000 impresos y 24,000 manuscritos. En uno de los salones había multitud de objetos curiosísimos y de gran valor, obsequios que de varias partes del mundo vienen al Papa.

Recorrí luego los jardines del Vaticano que son umbríos y encantadores. Mi cicerone me preguntaba, qué me parecía de la prisión del Papa, pues como sabría, hacía cinco años que no salía del Vaticano : encierro que él voluntariamente se había impuesto.

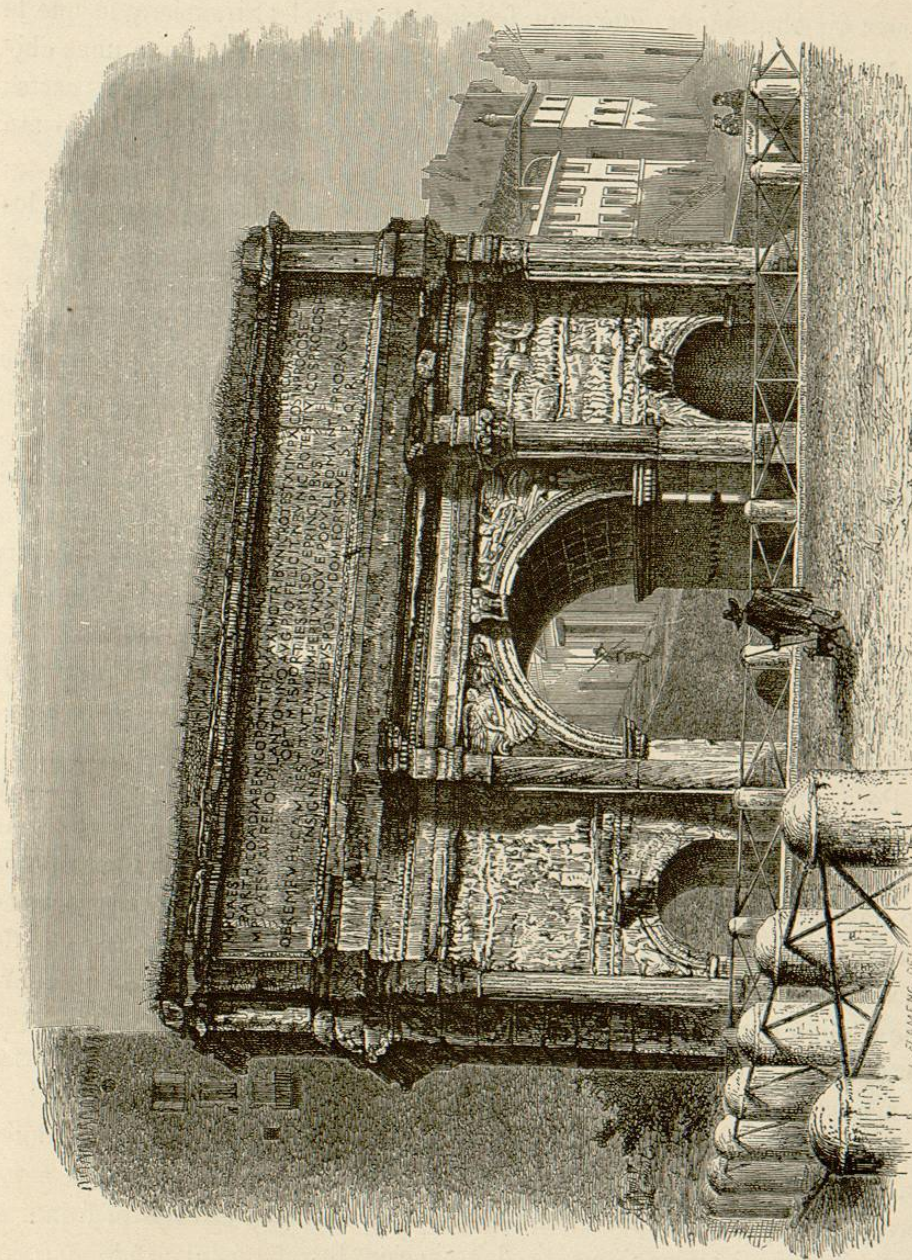
Creo que no hay soberano que pueda ser más poderoso y feliz, y que viva con más ostentación, le respondí yo.

« El Vaticano, me refirió, no es una prisión, es una ciudad como V. ve, con sus magníficas habitaciones, con su capilla, su milicia, sus paseos, sus jardines, con sus museos, y con familias que viven aquí ó que le frecuentan á todas horas. Las limosnas que vienen de todas las partes del mundo constituyen un tesoro inmenso. »

« No hay magnate más poderoso en la tierra que el Pontífice ; sí, el Papa, que se llama *el Siervo de los Siervos*. »

« Sólo el negocio de las chinelas produce á sus favoritos grandes sumas. »  
¿ Qué es eso de las chinelas, le pregunté ?

« Es una cosa muy sencilla, me contestó. El Papa usa unas chinelas bordadas con las que apenas da unos cuantos pasos en los salones del Vaticano ó en



ROMA. ARCO DE SEPTIMIO SEVERO.

la arena de este jardín, y las cambia puede decirse cada día, por otras nuevas. El secretario ú otro cardenal de confianza las recoge y empaca cuidadosamente, y las remite á algún obispo de América ó Filipinas que more entre feligreses ricos.

« El obispo, al recibirlas, las envuelve en papel de china, las pone en una cajita muy coqueta, y se encamina á la casa de alguna de esas señoras de grandes fortunas y dadas á la Iglesia; y después de saludarla, le dice estas ó semejantes palabras: « ¡ Ah, Señora, qué gran felicidad para V. ! ¡ Si supiera lo que le traigo, no sabría que hacer conmigo! Aquí tiene V. nada menos que unas chinelas que ha usado Su Santidad. Mi amigo el cardenal H., á quien en mis cartas he informado de los sentimientos religiosos de V., me ha proporcionado tan sagrado presente. »

« La señora paga semejante reliquia, con unos ocho ó diez mil duros, de los que una parte son para el obispo, y la otra para el cardenal remitente. »

Mucha gracia me hizo la relación de las chinelas y salí del Vaticano, recordando sin querer el cuentecillo de Bocacio, que escribía en el siglo XIV.

Érase un honrado comerciante de París, llamado Jeannot de Chevigny que llevaba muy buenas relaciones con un rico comerciante, también honrado, pero judío, á quien llamaban Abraham.

Tanto empeño había tomado Jeannot en convertir al Judío á la religión del Cristo, tanto le hablaba de las bondades de su religión, que el pobre israelita convino en hacerse cristiano, pero á condición de ir antes á Roma á ver por sus propios ojos al Vicario de Jesucristo y á los cardenales, y á estudiar sus costumbres; y siendo estas edificantes y buenas, consentiría en bautizarse.

Este discurso cayó como rayo sobre Jeannot, que veía todo su trabajo de conversión perdido, si Abraham iba á Roma y presenciaba los escándalos y prostitución de la corte eclesiástica.

— Pero, mi amigo, dijo al Judío, ¿ para qué exponerte á las molestias y gastos de un camino tan largo y á los peligros que tienen la tierra y el mar para un hombre tan rico como tú? Si es por el bautismo, aquí hay sacerdotes que lo hagan: si aun tienes dudas acerca de la religión, sobran aquí Doctores más sabios que en Roma que te las expliquen; y si es por conocer la vida de los sacerdotes, suponte que es la misma que la de los de aquí, aunque mejor, porque están á la vista del Papa; así es que renuncia á ese viaje. —

Abraham le contestó que, sin conocer lo que deseaba, no se convertiría, y fué necesario dejarle partir.

El Judío fué en efecto á Roma, y vió con sus propios ojos que los sacerdotes todos, desde el más grande hasta el más pequeño, estaban entregados á los placeres, permitidos ó no por la naturaleza: que no había en ellos ni freno, ni remordimientos, ni pudor: que la depravación llegaba á tal grado que los más altos empleos se obtenían por medio de las cortesanas y de jóvenes romanos traficantes de amor. Notó que como animales viles se entregaban á los excesos de la mesa, y que la avaricia los dominaba tanto que no reparaban en los medios de obtener dinero, aun sacrificando la sangre humana y aun la de los cristianos: que las plegarias, indulgencias y beneficios eran objeto de

comercio, y que para estas cosas había más corredores que para toda clase de mercancías en París.

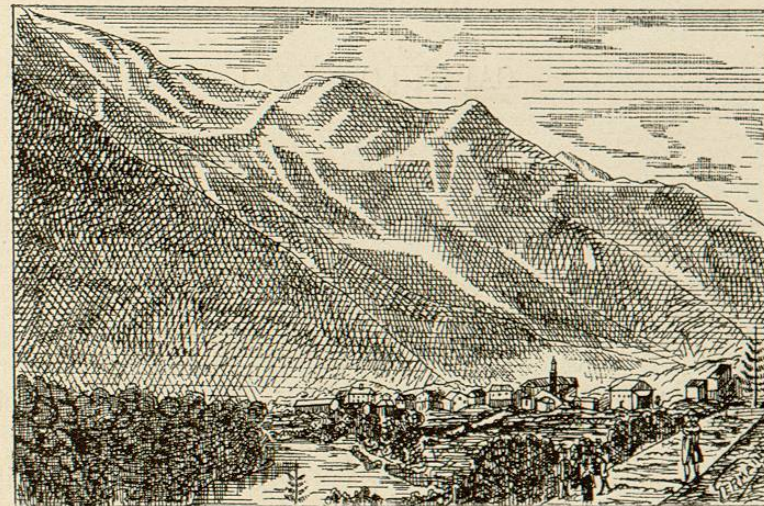
Vió igualmente que á todas sus infamias, les daban un nombre honesto como para cubrirlas con un velo ante el mundo.

Á la simonía descarada, le llamaban *cuidado de su fortuna* y á los excesos de la mesa *reparación de fuerzas*.

Cuando Abraham estuvo ya de vuelta en París, Jeannot fué á verle, y después de los saludos de costumbre, casi temblando, le preguntó por la Corte Romana, pues bien sabía que *Roma veduta, fide perduta*.

— Ahora sí creo en vuestra religión, le contestó el Judío, puesto que existe, no obstante que no hay un solo sacerdote que tenga buena conducta siquiera aparente, y que el lujo, la avaricia, la intemperancia y los vicios más nefandos, que se pueden imaginar, son los que están en gran honor entre el clero, al grado de que la Corte de Roma es un infierno más bien que centro de beatitud; es preciso que esa religión esté sostenida por el Espíritu Santo; y ahora sí consiento en recibir las aguas del bautismo. —

Desgraciadamente para el Clero Romano los que sacan consecuencias como el Judío, son la excepción, pues la mayoría tiene el buen sentido de juzgar de las religiones por las virtudes ó vicios de los sacerdotes, y por el efecto que producen en las costumbres del pueblo.



SABOYA. MONTE BLANCO Y CHAMOUNY.